

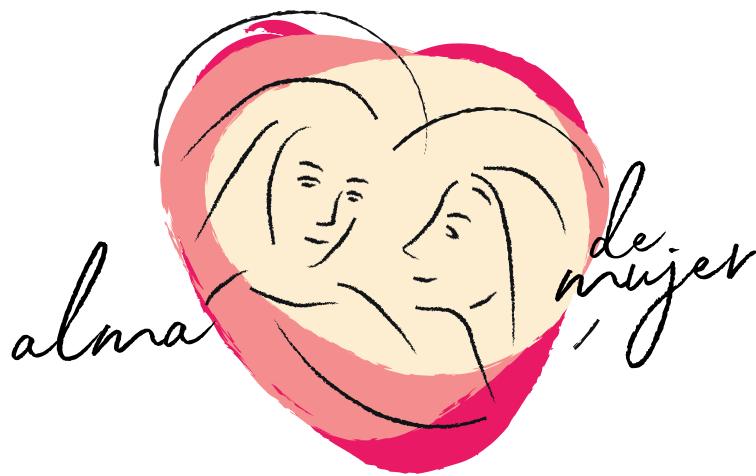
NOLI ME TANGERE

Fra Angelico

Fecha: hacia 1441

Convento de San Marcos de Florencia





Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

NOLI ME TANGERE

Fra Angelico

La tradicional escena conocida con el título latino de “Noli me tangere”, textualmente: “No me toques”, representa la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena, que había quedado desconsolada ante el sepulcro por la desaparición del cuerpo de Cristo. Fra Angelico, fraile dominico y pintor, recurre a esta escena para narrar la Resurrección, en una pintura al fresco, sobre la pared de una celda en su convento de Florencia.

El convento y la iglesia de San Marcos en Florencia fue cedido en 1436 por Cosme de Médicis el Viejo, a los Dominicos observantes procedentes de Fiesole, no sin antes reformar a fondo el viejo edificio medieval del siglo XIII, siguiendo las indicaciones del arquitecto Michelozzo, con el fin de convertirlo en uno de los más modernos de Italia, con una nueva estética acorde con el Renacimiento y adecuado al uso espiritual y comunitario. Fra Angelico y un grupo de ayudantes, se dedicaron a pintar el claustro, la sala capitular y las entradas a las veinte celdas de los frailes de los corredores superiores con escenas de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

En el relato de la Resurrección, el evangelio de Juan contiene más detalles y matices puesto que los testigos y oyentes de lo sucedido estuvieron muy cercanos al evangelista. Es Magdalena y no las tres mujeres quien descubre todavía de noche que la piedra que cerraba el sepulcro estaba retirada (Jn 20, 1). Es ella quien corre a avisar a Pedro y a Juan, quienes a su vez corren a verlo, y entran y ven los lienzos en el suelo y el sudario doblado, lo cual les hace deducir que no han robado el cuerpo sino que ha resucitado según estaba profetizado en la Escritura (Jn 20, 3-10). Parece que el evangelio de Juan quiere combatir insistentemente la controversia con los judíos de que los propios discípulos habían robado el cuerpo. Cuando Magdalena vuelve una segunda vez al sepulcro, la encontramos llorando porque sigue pensando que han robado el cuerpo; por ello, al encontrar a los dos ángeles, vuelve a declarar: “se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto” (Jn 20, 11-13).

Entonces escucha otra voz que le pregunta: “Mujer, dime por qué lloras, a quién buscas”. En su congoja no se ha fijado bien quién le habla y su respuesta automática: “Señor si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré” (Jn 20,15). El evangelista nos aclara que creía que era el encargado del huerto. Pero la voz masculina sigue hablando y esta vez se le hace reconocible porque la llama por su nombre: “María”. Y al sentirse reconocida, reconoce también la voz, le trae resonancias dulces, recuerdos y vivencias únicas. Es la experiencia de la amada del Cantar de los Cantares: “la Voz de mi amado, miradlo aquí llega...” (Cant. 2, 8). Dice el evangelio que ella se volvió (Jn 20,16), quizá le estaba dando la espalda envuelta en su llanto, echa un ovillo; quizá se levantó, secó sus lágrimas, abrió bien los ojos, porque es ahora cuando le reconoce, cuando se encuentra con el Resucitado, cuando puede sentir la tremenda impresión de ver que al que había dejado horas antes enterrado en el sepulcro, el cuerpo que había comenzado a embalsamar con la mirra y el áloe, está frente a ella glorioso. Y exclama radiante y gozosa: ¡Rabbuní!, que significa en arameo: ¡Mi querido Rabí!, ¡Mi maestro amado! Lo normal hubiera sido llamarle Maestro: rabbí, pero más respetuoso es rabbuní. Más solemne. En ocasiones es la expresión empleada para dirigirse a Dios. Magdalena está haciendo una profesión de fe en el Mesías como Hijo de Dios, similar a la exclamación de Tomás: “Señor mío y Dios mío (Jn 20, 28).

El evangelio de Mateo aporta el dato de que las santas mujeres recibieron el anuncio de la Resurrección de labios de un ángel y cuando se alejaban del sepulcro con miedo y gozo, Jesús les salió al encuentro y acercándose se postraron, cogiendo sus pies y le adoraron, con un gesto que formaba parte de su lenguaje espiritual

(Mt 28, 9). De ahí que en el relato de Juan haya que suponer que María Magdalena se había arrojado a los pies de Jesús para abrazarlos y que por ello él exclamase: *Noli me tangere*, una incompleta traducción del griego, *Me aptou*: no me retengas más, no me entretengas más, “que todavía no he subido al Padre” (Jn 20, 17).

Para narrar la resurrección, los artistas del primer arte cristiano representaron la visitación de las mujeres al sepulcro o *Visitatio*. Desde el siglo III, en el baptisterio de Doura Europos (Siria) encontramos que ésta escena es representada junto al episodio de Jonás y la ballena, como prefigura de la Resurrección. La ausencia de explicaciones acerca de cómo se produjo la Resurrección, alejó a los pintores de elegir esta representación, quienes prefirieron la tremenda y bien documentada escena, por el Credo apostólico y por los apócrifos, del Descenso a los infiernos o *Descensus ad inferos* o *Anastasis*. Es a partir del siglo XIII cuando empezaremos a conocer las primeras representaciones de Cristo saliendo del sepulcro triunfante, mientras los soldados a su alrededor, duermen o caen despavoridos. El *Noli me tangere* del que en occidente conocemos ejemplos del siglo X, será escogida como una de las apariciones más emotivas y plásticas.

Fra Angelico imbuido en el Quattrocento florentino nos presenta una escena conmovedora, con una gran economía en el dibujo y la composición, bien sencilla en sus personajes, actitudes y gestos pero bien rica y llena de sutil belleza. En un jardín cuajado de flores se sitúa a la izquierda la puerta en perspectiva lineal del sepulcro excavado en la roca, y las figuras de María Magdalena agachada y en actitud de abrir los brazos y de Jesús de pie y con una azada al hombro. Han desaparecido los ángeles, la composición se ha simplificado, la tensión dramática se concentra en un encuentro de solamente dos. Nuestra mirada, como es habitual a la hora de leer un cuadro, se introduce por el lado izquierdo donde queda atrapada por la masa negra de la oscuridad de la cueva. El fraile pintor quiere hacernos revivir la experiencia de la muerte, de la ausencia de luz y de sentido antes de mostrarnos el resplandor de la resurrección. Y la figura de María agachada, pequeña, es el camino, el intervalo que la humanidad debe recorrer para llegar a la Vida verdadera. Por fin llegamos a Cristo que ligero hace un paso imposible para describir su movimiento, su reacción ante el abrazo de la mujer, su dinamismo ante la misión de subir al Padre. La diagonal compositiva desde los brazos de Magdalena, hasta la mano que rehúsa el contacto en Cristo, expresa prontitud y apresuramiento en el deseo de unión, a la vez que la postura del cuerpo envuelto en blanca luz y vuelto hacia la derecha, aporta vivacidad y rompe los límites del espacio. Jesús se va caminando porque se va al Padre, y nosotros también podemos irnos con él. El des-

enlace está abierto y todo nos invita a salir y recorrer el mismo camino hacia Dios.

María Magdalena, también llamada “La Mirófora” (del griego “mirón”, perfume y “fero”, llevar), es la mujer que lo dejó todo y se hizo seguidora de Cristo, tras ser curada y liberada de siete demonios, expresión no necesariamente asociada con los pecados sino también con las enfermedades graves. Para muchos exégetas no tiene nada que ver con la pecadora que unge con perfume a Jesús (Lc 7, 36-50), ni con María de Betania, hermana de Lázaro, aunque algunas tradiciones simplistas hayan querido unificar a todas estos personajes en uno. Su nombre no deriva de la raíz hebrea gadal, grande, con el fin de ensalzar la grandeza moral de su alma, como creyó Orígenes, sino que responde al gentilicio, de su pueblo Magdala, en Galilea a orillas del Lago Tiberíades (hoy el-Medjdel o La Torre). Su misión es impresionante: es la primera testigo de la Resurrección y ella será la encargada de llevar la noticia al resto de la Iglesia.

Resulta que el sepulcro nuevo, propiedad de José de Arimatea, estaba en un huerto, cerca del Gólgota. El arte que en ocasiones lleva al extremo detalles menores en los que basar su repertorio, pone el acento en el espacio ajardinado, cuanto más rico y exuberante, mejor. Un brillante tapiz de flores olorosas y llenas de color, descritas con una minuciosidad de botánico, donde no pueden faltar los árboles simbólicos que la leyenda afirma se encuentran, por su especial forma de ser, en el paraíso: la palmera, el olivo, el ciprés y el cedro del Líbano. El huerto está acotado por una valla que con sus tonos ocres amarillentos aporta luz al marco de fondo como reminiscencia de los fondos góticos de pan de oro. Es un huerto cerrado, un hortus conclusus: “Eres huerto cerrado hermana y novia mía” (Ct 4, 12). Metáfora atribuida a María y a su virginidad. El fruto de este huerto cerrado que es María es el Verbo encarnado que ahora ha vuelto a la vida.

Magdalena piensa que está hablando con el hortelano. Y los artistas, en su pedagogía casi infantil, si Cristo es confundido con el hortelano, pues a Cristo van a convertirlo en un hortelano, como si verdaderamente le hubieran sorprendido haciendo sus labores, azada en mano y sombrerito para protegerse del sol. En este caso el sombrero ha dejado paso al nimbo crucífero. Pero aún así, no hay rubor; estamos en plena Resurrección, y el artista se agarra a un clavo ardiendo. Cualquiera se mete a pintar un cuerpo glorioso, envuelto en luz, que ha entrado en otra dimensión física tras el “fogonazo de energía” de la resurrección tal como se vislumbra en las huellas inexplicables de la Sábana Santa.

Pero el significado de este episodio va más allá de lo puramente anecdótico: no me retengas, no quieras tener conmigo una relación meramente humana, afectiva, de este mundo. Querer retenerme es querer que te resuelva los problemas. Si me retienes, me perderás. Cuando suba al Padre estaremos más cerca, con un enlace espiritual, esponsal, realizado por el Espíritu Santo que te enviaré cuando haya subido y esté con el Padre. Los problemas no desaparecerán, sino que los vivirás con esperanza y sentido.

Y resulta que incluso el disfraz del hortelano tiene un sentido más profundo. El novio del Cantar de los Cantares entrará en su huerto para degustar la dulzura de los sabores, que simbolizan el amor del corazón y la exquisitez de los aromas que aluden al alma: He entrado en mi huerto, hermana y novia mía, a cosechar mi mirra y mi bálsamo a comer de mi miel y mi panal, a beber de mi vino y de mi leche. Comed amigos, bebed, queridos y embriagaos”. Vivir embriagado de amor, inundado de buenos pensamientos, ardiendo en buenos deseos hacia el otro.

La luz inunda toda la escena y se comporta aportando brillantez a los colores anaranjados en el manto de Magdalena y los blancos inmaculados del Resucitado, esculpiendo la potencia de los pliegues de sus túnicas, aclarando los cabellos casi rubios de Cristo, en una increíble búsqueda de la belleza fina y atenta, y dotando al paisaje de matices lumínicos y brillantes reflejos que han hecho pensar a los especialistas en la intervención de Benozzo Gozzoli, el más conocido de los discípulos de Fra Angelico, como último realizador de la obra. Sin embargo, la gracia y la dulzura particular de Fra Angélico sobrevuela en la pintura: una sensación de serenidad gozosa lo inunda todo.

Pero ¿quién fue Fra Angélico, o mejor dicho fray Juan, que llegó a ser llamado Angélico por su devoción?

Guido di Pietro da Mugello, había nacido en 1400 en el pequeño pueblo de Vicchio, en la Toscana. A los dieciocho años, ingresó en el convento dominico de Fiésole, con el nombre de Giovanni da Fiesole donde con los años llegaría a ser prior, Se desconoce todo sobre su aprendizaje como pintor aunque se cree que aprendiera como iluminador de misales, y otros libros litúrgicos con un estilo influenciado por el Gótico Internacional. Tras algunos retablos y tablas pintados en Fiésole, a raíz del traslado a Florencia desarrolló la técnica de la pintura al fresco. Al contrario de lo que pudiera pensarse por su condición de fraile, fue un artista muy profesional, conocedor de los avances del arte de su tiempo debido a los viajes que importantes encargos le llevaron a hacer: Orvieto, Perugia, y Roma, donde pintó

al fresco la capilla del Sacramento por encargo del papa Eugenio IV (hoy desaparecida) y la capilla privada del Papa Nicolás V en el Vaticano con escenas de la vida de los santos Esteban y Lorenzo y donde le sorprendió la muerte en 1455 siendo sepultado en la iglesia de Santa María sopra Minerva.

De él dijo Vasari que era el hombre más sencillo y más santo, poseedor de un “raro y perfecto talento”, de extraordinaria devoción, que “nunca levantó el pincel sin decir una oración ni pintó el crucifijo sin que las lágrimas resbalaran por sus mejillas”. Llamado por ello desde muy pronto Angélico, Beato Angélico, a pesar de que fue beatificado por San Juan Pablo II en 1982, hoy se le invoca como patrón de los artistas.

Belleza en las formas, amor y delicadeza en los gestos, devoción en los rostros, vitalidad en los movimientos, intensidad emotiva en la obra. Un nuevo Edén o Paraíso se abre para nosotras, las mujeres. Cristo resucitado, el hombre Dios ha regalado a una mujer la primacía en la Buena Noticia de la Resurrección. Somos salvadas, y visitadas en la mayor intimidad, en el escenario del jardín porque somos muy, muy amadas.